

Sobre cómo aman los y las profesoras hora cátedra: Experiencias amorosas en contextos laborales inciertos

VIVIAM UNÁS¹

“Este conflicto entre familia y trabajo plantea algunas cuestiones sobre la experiencia adulta en sí ¿Cómo pueden perseguirse objetivos a largo plazo en una sociedad a corto plazo? ¿Cómo sostener relaciones sociales duraderas? ¿Cómo puede un ser humano desarrollar un relato de su identidad e historia vital en una sociedad compuesta de episodios y fragmentos?”

Sennett (2000, 25)

Introducción: asuntos preliminares.

El proyecto de investigación, en el que se origina la presente ponencia, aspira a comprender la forma en que las modalidades de trabajo flexible influyen en la construcción de vida amorosa, y proyectos académicos, entre trabajadores y trabajadoras que derivan su subsistencia, *privilegiadamente*, de su labor como docentes hora cátedra en Universidades de la ciudad de Cali. De fondo el proyecto se pregunta por el *modo* en que estos docentes se las *arreglan* para procurarse coherencia y estabilidad en sus proyectos amorosos y académicos, en contextos laborales desregulados, inciertos y provisorios.

Para ello efectué, entre junio y septiembre de 2011, 12 entrevistas en profundidad a diferentes profesoras y profesores, entre los 25 y 40 años de edad, de la Universidad del Valle y la Universidad Icesi, en la ciudad de Cali. Seis de los sujetos entrevistados provenían de disciplinas de las ciencias sociales, humanidades y artes y otros seis de ingenierías, carreras de orden gerencial y ciencias naturales o básicas. Todos ellos acumulaban por lo menos 5 años laborando como docentes hora cátedra. Así mismo realicé, en tres de los casos, observaciones de espacios laborales y domésticos y acompañamiento durante trayectorias cotidianas, con el objetivo de identificar cómo operan estas formas de trabajo flexible en su dimensión más rutinaria –o *desrutinizada*, como nos advertirá Sennett (2000)- y cómo instalan avatares cotidianos en la vida de estos y estas trabajadoras.

Nótese cómo, a primera vista, el foco central de análisis de mi investigación gira en torno a las modalidades flexibles de trabajo, para el caso de sectores

¹ Profesora tiempo completo Universidad Icesi. Comunicadora social de la Universidad del Valle. En el momento adelanta tesis de Maestría en sociología en la Universidad del Valle, bajo la dirección del profesor José Fernando Sánchez.

intelectuales, no precarios, cuya labor media entre la actividad laboral y la *vocación*, entre la producción material y la *re-creación* de bienes intangibles. En principio supuse que estas modalidades de trabajo moldeaban, e incluso determinaban -como se nos sugirió para el caso del obrero durante el capitalismo industrial-, la vida doméstica y afectiva de los y las profesoras. En el desarrollo de la investigación, sin embargo, me he topado con un paisaje que confirma y niega, incluso simultáneamente, mis sospechas iniciales.

Por un lado, tal y como lo esperaba, identifiqué vínculos estrechos entre trabajo y vida afectiva. En muchos casos estos vínculos responden a las categorías desde las que la sociología del trabajo nos ha dotado para comprenderlos: *corrosión* (sennett, 2000), precarización familiar (Castel, 2004), *venta de sí* (Gorz, 1998).

Por otro lado, en contraste, encontré relaciones entre vida amorosa y laboral que se me dibujaban complejas, disímiles y difícilmente clasificables: relaciones de mutuo moldeamiento, en las que ambos ámbitos se *afectaban* recíprocamente; hitos amorosos que denotaban una cierta autonomía, una suerte de emancipación, de la vida amorosa respecto a la vida laboral; experiencias amorosas o laborales que parecían el resultado de decisiones más o menos racionalizadas, calculadas, en oposición a experiencias que se presentaban como consecuencia de determinaciones estructurales, no controlables por los individuos.

En este panorama de datos contradictorios, algunos elementos inquietantes han llamado mi atención y me han invitado a repensar el enfoque desde el que pretendo examinar la relación entre trabajo flexible y vida amorosa. En primer lugar, me pregunto qué tanto, tal y como anuncia Martuccelli (2007) ocurre a la relación entre actor y sistema, los individuos -en particular éstos provenientes de ámbitos ilustrados- estarían desarrollando un cierto distanciamiento, reflexividad (Beck y Beck, 1998) y *desnaturalización*, tanto del trabajo como de la vida amorosa, como estrategias para poner bajo control lugares en que la vida se despliega caótica, desordenada, *destradicionalizada*. Esta idea se articula a un hecho que aflora en algunos de los relatos de los y las entrevistadas: en éstos, la vida amorosa, que en principio concebí como escenario subsidiario del trabajo, se revelaba como mundo cada vez más autónomo con respecto a la vida laboral. Un ejemplo de ello se produce en lo que respecta a la idea de provisoriedad. En un primer momento, suponía que la presencia de trayectorias amorosas fragmentarias y transitorias, respondía a su vez a una trayectoria laboral *plástica* y a corto plazo. Sin embargo, un examen más profundo de la experiencia amorosa de los y las entrevistadas, y de las ideologías que la soportan, revela el modo en que no es tanto -o no es exclusivamente- el trabajo el que desafía la idea de una amor *para toda la vida*, de un amor en el cual *quedarse* y *detenerse*,

como la presencia de un conjunto de significaciones y disposiciones *previas* –no porque ocurran *antes de*, sino porque parecen configurarse en un *más allá*- a la vida laboral y afectiva. En concreto, en ocasiones –no en todos los casos y no con mayor frecuencia, pero sí con una recurrencia perturbadora- los sujetos entrevistados aludían poseer una cierta “sensibilidad” que parecía moverse con sabiduría en la trashumancia e incluso rechazar la estabilidad que se deriva de una trayectoria amorosa y laboral regular.

Estas evidencias, todavía en proceso de *digestión*, me han invitado a cuestionar la versión, hasta cierto punto determinista, en la que en principio me ubiqué, y que presumía al trabajo como un poderoso dispositivo moldeador de la vida doméstica y amorosa. A estas dudas han contribuido las juiciosas lecturas que de mi trabajo han hecho mis compañeros y compañeras del Grupo de estudios de género de la Universidad Icesi. Éstos han insistido en preguntarme si el énfasis que en el trabajo ha tenido mi proyecto de investigación no responde también a una cierta tendencia de la sociología por privilegiar el estudio de las dimensiones públicas de la vida social, en detrimento de los ámbitos privados, íntimos, *femeninos*.

Debo confesar que no tengo aún una respuesta sólida para esta pregunta. De hecho, esta ponencia constituye un esfuerzo por organizar estas sospechas, marginales y marginadas en el proyecto original, y someterlas a una prueba ácida en su contraste con los datos empíricos. Se trata pues de una excusa para estimular un juego investigativo que difícilmente podemos permitirnos en el contexto de informes de investigación más ortodoxos: intentaré aquí cambiar de foco. Asumir al trabajo no como aquello que dispone la vida privada, sino como un criterio de agrupación y caracterización de un conjunto de trabajadores y trabajadoras que son, a su vez, amantes y amados: un criterio que actúa como telón de fondo, a veces; como actor principal en ocasiones, como adjetivo menos prioritario en otras. Dejaré así de preguntarme de qué modo influye el trabajo en la vida amorosa de profesores y profesoras hora cátedra y me preguntaré más bien por cómo estos trabajadores y trabajadoras aman y son amadas.

Con ello ratifico que esta ponencia tiene un carácter ensayístico que, sin embargo, espero ofrezca elementos para reconocer las subjetividades de profesores y profesoras y, por qué no, brinde pistas para pensar la construcción de una sociología de la vida amorosa, todavía precaria en el país.

Amar hoy: zapping en un mundo amplio de posibilidades

“La exploración de las intimidades es una tarea difícil: el amor no deja fósiles, y a menudo borra las huellas de sus pasos”

(Simonnet, 2003, 8).

Giddens (1998) y Beck y Beck (1998) coinciden en señalar que *algo ha cambiado* en las relaciones amorosas. Esta transformación, denominada por Giddens (1998) como “revolución de la intimidad”, indica el paso del amor romántico -que experimentó su mayor esplendor entre el siglo XVIII y mediados del siglo XX- a lo que este autor denomina “amor confluyente”.

El amor romántico se caracterizó por la dependencia económica y social de las mujeres (a quienes se negaba autonomía económica) y la dependencia afectiva y doméstica de los hombres (quienes no eran adiestrados para el cuidado de sí o el cuidado de otros). Bajo esta idea, la pareja que se une en el vínculo matrimonial se *necesita* objetivamente para las labores de producción y reproducción social. Para Giddens (1998), es hacia el siglo XVIII que la sociedad asiste a la idealización de la ilusión romántica como soporte de los primeros matrimonios voluntarios. Era este casarse *por amor* un hecho novedoso en la historia de occidente, movilizado en buena medida por las capas populares que, con poco que ganar en matrimonios por conveniencia, se entregaron a una vida en pareja fundada sobre el *sentimiento*.

Por otro lado, el amor confluyente, que irrumpe en la historia de Occidente hacia mediados del siglo XX, aparece como consecuencia de diversos fenómenos tales como la penetración de las mujeres en el mundo del trabajo, la disminución del número de hijos, la revolución sexual y la conquista de condiciones de equidad de género en el ámbito de lo público. Se transforman así las bases socioeconómicas de la relación amorosa romántica y los individuos que conforman la pareja se ven abocados a establecer vínculos en condiciones de mayor igualdad. No es extraño entonces que Beck y Beck (1998) reconozcan al amor confluyente como escenario de una turbulenta conflictividad: donde estaba la estable división sexual del trabajo, la normatividad social, los constreñimientos sexuales y la naturalización del matrimonio de largo aliento, aparece la incertidumbre, la *voluntad* de permanecer juntos y, en algunos casos, la demanda permanente de satisfacción en la relación matrimonial.

Matrimonio con placer y amor, amor y placer sin matrimonio, estos elementos, antes escindidos empiezan a encontrarse en el amor confluyente en una combina-

ción que altera y *desordena* las trayectorias amorosas. No es extraño entonces que en las entrevistas realizadas encontremos narraciones densamente atravesadas por encuentros y fracturas amorosas, connatos de relación que nunca se realizaron, realizaciones que no se convirtieron en amor. Aludimos pues a una ampliación del repertorio de *formas* que adquiere la relación amorosa. Al respecto, entre las personas entrevistadas identificamos por lo menos siete *categorías* que constituyen recursos para nombrar al encuentro sexual y amoroso: 1) el *rumbeo*, que implica un coqueteo o encuentro sexual de una noche. 2) *Amigo/a con derechos*, que nombra al amante más o menos estable, con el que une un lazo fraterno, no romántico. 3) El *tinieblo/a* amigo o amiga con la que se sostiene una relación sexual estable sin vínculo romántico. 4) "*Arrocito en bajo*", coqueteo aún sin concretar en relación amorosa. 5) *Novio/a*, pareja romántica y sexual estable, sin convivencia bajo el mismo techo. 6) *Compañero/a o pareja*, persona con la que se convive bajo el mismo techo. 7) *Esposo/a*, con quien une un vínculo matrimonial. Conviene señalar cómo las dos personas casadas que entrevistamos denominaron a su esposo y esposa como "compañero/a". Ello puede deberse, según sugeriremos más adelante, al aparente desprecio, y en algunos casos franco rechazo, con el que las y los entrevistados, en particular aquellos y aquellas provenientes de las ciencias sociales, describieron al vínculo matrimonial, al que se acusó de "*innecesario*", "*poco romántico*" y "*excesivamente contractual*".

Nótese que estas *categorías* nombran un repertorio más extenso de relaciones amorosas del que podrían haber dado cuenta sus abuelos. Al respecto, sin embargo, Beck y Beck (1998) señalan que, al tiempo que se producen transformaciones objetivas en el campo amoroso, se presenta también una persistencia ideológica del amor romántico, anclado a la pareja monógama y sus pretensiones de eternidad. Así, se asiste a un potencial universo de posibilidades pero también a la obligación y el deseo de decidirse, de *sentar cabeza*, de elegir a un compañero o compañera permanente. No es distinto esto de lo que parece suceder en el ámbito del trabajo: la experiencia -incluso gozosa, como la calificaban algunos entrevistados- de este deambular entre un trabajo y el otro, no resulta ajena al deseo de establecerse, algún día, en el futuro lejano, en un trabajo que provea la seguridad y rutinas que se asocian al envejecimiento y la madurez. Por supuesto, dichas aspiraciones de estabilidad suelen ser más potentes entre los y las profesoras de mayor edad y entre aquellos que tienen hijos o hijas, y considerablemente débiles entre los y las solteras más jóvenes.

Yo sí creo que hay que vivir muchas cosas antes de casarse... Uno en estas cosas aprende es viviendo... Yo pienso qué hubiera pasado si me hubiera casado con el novio éste que te conté, el de cuando tenía 20 años... Ahora a esta edad uno ya sabe qué quiere, uno empieza a sentir que estaría bien una pareja como con más

estabilidad, tranquilidad... Hasta ganas de vivir con alguien me dan.

Cecilia², Soltera, 36 años

A diferencia de lo que sucedía en el caso de las mujeres en el siglo XVIII para quienes, pese a todo, el matrimonio favorecía una cierta emancipación de la tutela paterna (para desembocar en la del marido, por supuesto), el matrimonio, para los y las profesoras entrevistadas, se convierte en una decisión que restringe las posibilidades abiertas de experimentación. De ahí, probablemente, la idea de que antes de casarse hay que *vivir muchas cosas*, como si el matrimonio implicara inmovilidad, un estado en el que *se deja de vivir*. *Carencia*, denomina Melucci (2001), a la sensación que experimentan aquellas personas obligadas a decidir en un mundo abundante: carencia será entonces lo que sentirá el que compra un único par de zapatos en una tienda atestada de cientos, la que decide un único canal televisivo ante una oferta de 900 canales y el que se casa, “para siempre”, y dice adiós a un universo de relaciones potenciales. El dilema de tener que decidirse en un mundo abierto (Gómez y González (2003)), se resuelve en ocasiones a través de la experimentación y la ilusión de vivirlo todo –en el caso de las trayectorias laborales encontramos un equivalente a este fenómeno en la dificultad para negarse a una nueva posibilidad laboral. De ahí que muchos y muchas profesoras atribuyeron la sobrecarga de trabajo no a su condición de “docente hora cátedra”, sino incapacidad de negarse y a su habilidad para permanecer “conectado”, simultáneamente, a muchas opciones laborales, como bien lo señalaban Boltanski y Chiapello (2002) ocurre con los trabajadores conexionistas- similar a la opción que toman los que hacen zapping³, como modo de acceder a la abundancia de la oferta televisiva:

Yo he tenido muchas relaciones (...) pero sólo me he enamorado dos veces. Más joven tuve hasta dos novios al mismo tiempo y tenía a un amigo mío con el que teníamos un cuento a escondidas (...) Mi mamá siempre me decía que viviera, que probara y yo vivía y probaba sin enamorarme, hasta que apareció Mauricio y nos fuimos encarretando y ya las ganas de loquear se fueron... Y de pronto yo “volteé a ver” y no había nadie, éramos sólo él y yo y yo estaba feliz.

Lucía, unión libre, 33 años.

En otro sentido, Hochschild, (2008), investigó la ya mencionada conflictividad que entrañan las formas más confluentes e igualitarias del amor. Para ello efectuó varios estudios sobre la estructura emocional de parejas en la década del noventa. Su objetivo era develar las tensiones que enfrentan parejas en las que ambos miembros trabajan. Hochschild identificó que tras estas tensiones subyacen tres tipos de ideologías: la tradicional, la de transición y la igualitaria. En

² Los nombres han sido modificados para proteger la identidad de las personas entrevistadas.

³ Como zapping reconocemos a este continuo *pasar* canales, apreciando sólo fragmentos televisivos y armándose un relato personal e intransferible, que es más recorrido que permanencia.

el caso de parejas dominadas por ideologías tradicionales, se observa un fuerte peso de las formas heredadas del amor romántico y de los roles estatutarios de género. Así, la experiencia amorosa se resuelve a través de la naturalización de la vida en pareja y las tensiones se ven limitadas por un “deber ser” que regula y anula los conflictos. Es necesario señalar que, en el caso de las entrevistas realizadas, no encontramos formas “puras” de ideología amorosa sino más bien un panorama con texturas diversas: permanencia y ruptura, tentativas igualitarias y huellas tradicionales.

En el caso de la ideología igualitaria y el amor confluyente, en tanto se desnaturaliza la subordinación femenina, se pierde todo referente con el pasado. Una mirada hacia *atrás* no basta a los amantes para aprender cómo vivir el amor y los consejos fundados en la experiencia pierden relevancia. Desentendida del pasado y abocada al presente, la sociedad se ha hace *joven* y provisoria.

Ingratitud, denomina Finkelkraut (2001) a estos hombres y mujeres que *“han dejado de pensarse como herederos”*. La *ingratitude* nombra de fondo una crisis del valor que la sociedad contemporánea otorga a la tradición y al pasado. Como crisis de la herencia (Zizek, 2000)⁴ o emergencia de una cultura prefigurativa, Mead (1970) se reconoce a este fenómeno en el que en una sociedad se debilitan y dejan de ser eficaces las pautas normativas tradicionales. Se acudirá entonces a la reflexión, la experimentación y los saberes expertos para resolver lo que constituía un “saber hacer”, naturalizado o aprendido por transmisión generacional. De esta forma, ante el debilitamiento del saber heredado con respecto a, por ejemplo, un asunto *menor* de la vida doméstica como el mantenimiento de una mascota, se acude a la orientación de adiestradores profesionales, psicólogos veterinarios, literatura sobre el tema y oferta mediática. En el mismo sentido, puede explicarse la proliferación de literatura de superación personal, terapias de pareja, cursos y encuentros pre y matrimoniales y otras estrategias de las que el mercado dispone para la atención de la vida amorosa y a las que, por lo menos dos de nuestros entrevistados, admitieron haber acudido. Al respecto, Alfonso, de 37 años, en proceso de separación, nos manifestó *“Nosotros hicimos de todo... todo lo que debimos haber hecho antes (risas). Hicimos terapia de pareja, pero a mí no me gustó el terapeuta (...) y lo dejamos y ella decía que teníamos que buscar otro terapeuta y compraba libros y yo los ojeaba, pero yo creo que ya los dos sabíamos, en el fondo, que no había nada que hacer”*.

4 «Todos nuestros impulsos, desde la orientación sexual hasta la identificación étnica, son percibidos como cosas que elegimos. Cosas que antes parecían obvias—cómo alimentar y educar a un niño, cómo proceder en la seducción sexual, cómo comer y lo que se come, cómo descansar y divertirse—han sido ‘colonizadas’ por la reflexividad y son experimentadas como algo que podemos aprender y sobre las que decidimos» (Zizek, 1999).

Así, ante la *crisis* de la herencia, los individuos se ven obligados a reinventar las reglas de la relación amorosa, en medio de un caos que Beck y Beck consideran *normal*⁵. El amor, por lo menos en sus zonas más desnaturalizadas, se convierte en un espacio de constante negociación⁶ y reflexión. Crozier (1974), en el campo de la sociología del trabajo, observa un fenómeno similar en el caso de las “zonas” débilmente normativizadas de algunas empresas francesas. Ante la ausencia de normas y de una racionalidad planteada desde afuera, se propician espacios de negociación en los que los individuos emplean juegos y estrategias para disputar y reinventar las relaciones de poder. Asumiendo esta idea, podríamos afirmar que el amor contemporáneo, cuando se presenta en condiciones de mayor equidad, se parece mucho a estas zonas de incertidumbre que describe Crozier: espacios de la vida social en el que las normas externas y tradicionales han sido corroídas y los individuos se entregan a una negociación –consciente o no- de poderes y a una reflexividad que no siempre se parece a nuestros poéticos discursos sobre el amor.

A este hecho se suma el de que, para el caso de esta investigación, se trata de individuos cuyo oficio consiste en buena medida en racionalizar objetos de la vida social. Es probable que por esta razón en sus relatos se acentúe aún más el carácter *reflexivo* del amor contemporáneo del que nos hablan Beck y Beck (1998). Un ejemplo ilustra esta situación.

Hay dos concepciones del amor, te recuerdo, el amor como carencia que es la católica y la de Freud que uno ama lo que no tiene y otra concepción es más bonita que es la potencia: uno amar lo que tiene. Entonces yo, dando vueltas por la vida y entonces me dije, yo tengo esta mujer que me quiere y entonces me empecé a enamorar más de ella, entonces me hice consciente de quererla más, de cuidarla más (...) dejarla ser de tal como era.

Camilo, casado, 31 años.

Bajo este ejercicio racionalizador, parece latir una cierta tentación *teorizadora*. Se trata no tanto de una teorización “científica” sobre el amor, aunque algo de esto hay, sino más bien de un proceso reflexivo que acompaña la distancia desde el que las personas entrevistadas examinan sus experiencias amorosas:

Enrique (actual esposo) empezó ganarse todo el espacio, todo el cariño, en ese momento yo había tomado una **decisión** y era estar con él y enamorarme él, o sea era una **decisión** racional. Pero yo también ya había entendido con esta situación con Jacobo (relación anterior) que el amor también se puede construir, que el amor

5 Hago referencia al título de su obra: “El Normal Caos del Amor” (1998)

6 Este carácter negociado del amor contemporáneo, refiere incluso a los acuerdos sobre sexualidad y fidelidad. Al respecto, Camilo, 31 años, se mostró proclive a sostener una relación abierta. A su juicio, para ello es importante estar de acuerdo en que lo fundamental es “*estar juntos, pero hay conciencia de que somos, como dicen los psicólogos, animales, primates, que tenemos un deseo inmenso, que es controlado culturalmente, pero que disfrutamos del cuerpo del otro y, pero tenemos también otros pactos mucho más complejos con otra persona*”.

no tiene que ser como el que yo empecé con Javier (primer novio) que fue vernos y sentir cosquillitas y todo el tiempo las cosquillitas, porque a veces el amor sólo de por sí no funciona: el amor también se construye y construir el amor te permite hacer más tranquila muchas cosas

Ana, 31 años, casada

Sin embargo, sostienen Beck y Beck (1998), que esta tendencia a la reflexividad no implica que la ilusión amorosa haya sido superada. Por el contrario: a medida que se incrementa el número de conflictos y divorcios, aumenta también la mitificación del amor. Así, asistimos a un panorama en el que, mientras la *experiencia vivida* del amor se hace contradictoria y *destradicionalizada*, la *idea* del amor continúa anclada al amor romántico y sus aspiraciones de eternidad, duración y plenitud. Si Finkelkraut (2001) afirma que hemos dejado de pensarnos como herederos, Simonet (2003: 11) insistirá en la fuerza de esta herencia con la que somos "ingratos": "*si el amor tiene una historia, nosotros siempre somos sus herederos*". Es notable cómo -paralelo a un amor vivido como conflictivo, racional y provisorio- aparecen en las narraciones de las personas entrevistadas, muchas de las figuras de las nos habla Barthes (1982): el amor eterno, el amor que es proclive a la locura, el amor que completa. El amor ciego. "Él es el amor de mi vida" (Lucía, 33 años) "*mi compañera de vida*" (Camilo, 31 años), "*Yo me enamoré como una idiota*" (Cecilia, 36 años), son algunas de las frases empleadas por las personas entrevistadas para referirse al objeto de su amor o a la experiencia del enamoramiento.

Roles de género: herencias y rupturas

Guiddens (1998) asegura que en el proceso de socialización del amor romántico, durante el siglo XVIII, jugó un papel significativo la literatura "*orientada a mantener a las mujeres en su sitio*" (Giddens, 1998: 23). Los libros "para mujeres" determinaban al amor como un tema típicamente doméstico, privado y femenino, por lo que se esperaba de ellas una mayor inclinación a la ensoñación y al cotilleo romántico. En este sentido, me inquieta comprobar si en el relato a través del cual se reconstruye la trayectoria amorosa puede observarse la persistencia del amor como emoción privilegiadamente femenina y si las mujeres parecen más proclives a narrar en detalle sus historias de amor. Las limitaciones de este trabajo no nos permiten efectuar conclusiones determinantes, pero podemos atisbar algunas pistas significativas. Por ejemplo, se destaca el hecho de que, durante las entrevistas, los hombres fueron más explícitos en lo que respecta a su participación en el mundo público y su trayectoria laboral, y más imprecisos en lo que refiere a la historia amorosa. De hecho, fue más difícil, en el caso de ellos, *dar el salto* durante la entrevista del tema del trabajo y la ocupación hacia el de la vida afectiva.

En este mismo sentido, encontramos en el caso de las mujeres entrevistadas una reconstrucción más detallada de su trayectoria amorosa, en contraste con las descripciones efectuadas por los hombres que se concentraron en hitos gruesos, desprovistos de detalle. Por ejemplo, sobre el comienzo de relaciones sucedidas varios años atrás, Ana y Cecilia puntualizaron en los pormenores de la conquista y recordaron los regalos recibidos con intensa precisión. El amor fue reconstruido también como la historia de sus pequeños gestos heroicos y sus intercambios simbólicos.

Entonces él trabajaba los fines de semana en una estación de Diesel, y... es bonito porque el primer fin de semana que nos vimos después de salir, él me escribió una carta así en puras facturas de la estación, yo eso por ahí todavía las guardo, una carta así como no sé de cuantas hojas contando cómo nos habíamos conocido, cómo habíamos empezado a salir, desde su visión ¿no?, una cosa así súper bonita
Ana, 31 años, casada.

Hochschild (2008) refiere al respecto que la relación amorosa comprende también una economía de la gratuidad. Esto es, una economía de la apreciación, en la que el significado del regalo es cultural y no sólo mercantil. Esta autora se pregunta entonces ¿Qué esperan las mujeres de los hombres y ellos de ellas en las relaciones de pareja? ¿Qué cambios se han producido en estas expectativas? Y su investigación le permite identificar, en las parejas contemporáneas, notables transformaciones con respecto a la vieja economía de la gratuidad. Afirma que la apreciación era expresada por las mujeres como prácticas de "cuidado del otro", mediadas por el ámbito doméstico (recordemos el gesto de amor de la madre tradicional, representado en la comida "hecha con amor" y lo ofensivo que puede resultar no "comerse toda la comida" o rechazarla), y por los hombres como protección y responsabilidad, mediados por la adquisición de bienes materiales ("no *fallar* en la casa", "dar gusto", comprar regalos, "ser responsable"). Hoy por hoy, en cambio, en parejas en que ambos trabajan, es imperativo reinventarse lo que se regala. Algunas de las mujeres entrevistadas referían parte de su trayectoria romántica como la historia de desencuentros entre lo que se espera de los hombres y lo que en efecto éstos parecen dar. Lucía describe de esta forma los conflictos que enfrentó con un novio de la Universidad: "*Yo no le pedía nada... que me escuchara, que se interesara también por mis cosas y él creía que tenía que darme regalos, como comprarme, y yo que no, que no*".

Resultaba notable en las mujeres una cierta valoración de la gratuidad como *actitud amorosa y disposición afectiva* que, en muchos casos, se espera que se materialice en "ganas de conversar", "conexión emocional", "participación en la vida del otro" y un "estar cuando se necesite". En los hombres la economía de la gratuidad se presenta distinta. Por un lado, en sus historias amorosas aparecen

descritos tanto gestos de conquista tradicionales (regalos e invitaciones a salir, por ejemplo), como también disposición a “pasar tiempo con ella” y “acompañar”. En algunos casos, sin embargo, se evidencian en ellos frustraciones con respecto al poco valor que las mujeres parecen otorgar a lo que los hombres dan y al *sentido* que, suponen ellos, subyace a sus gestos de aprecio. Las mujeres son tachadas entonces de complejas, difíciles e inconformes. Alfonso, por ejemplo, admitió que durante su matrimonio esto constituyó un problema:

A Ángela (ex esposa) ya en un punto todo le parecía malo, ya uno no sabe qué hacer. Me decía que yo no era romántico y entonces yo algunas veces decía, bueno, voy a hacer algo y le daba un regalito, algo que a ella le gustara (...) y ella me dijo: “pero yo no quiero regalos, vos sabés que yo quiero otra cosa” y yo, bueno, le decía, pero entonces vos qué es lo que querés.

Alfonso, 37 años, casado.

Sin embargo, consistente con la vieja economía de la gratuidad a la que refiere Hochschild (2008), las mujeres aseguraron experimentar profundas satisfacciones en el ejercicio de dar y cuidar de sus parejas. Dar y cuidar se perciben como prácticas placenteras y gozosas, incluso en los casos en que lo que se recibe no colma las expectativas, como nos narró Estela respecto a una relación frustrada del pasado: *“yo no hacía esas cosas solamente por él, las hacía por mí, porque yo me sentía bien haciéndolas, ¿me entendés?... No era por buena o por tonta, era porque me nacía hacerlas y él siempre pensaba que yo las hacía para luego poder quejarme, para tener como puntos a favor...”*. En las historias amorosas de las mujeres surgen con frecuencia situaciones y relaciones en las que ellas sintieron haber “puesto más” (sacrificio, atención, dedicación), como resultado tanto de una predisposición naturalizada a dar, que se atribuye a la feminidad (*“lo hacía porque me nacía”*, nos dijo Estela), como por la *incapacidad* y torpeza que se le atribuye a los hombres (y que incluso ellos se atribuyen a sí mismos) para satisfacer lo que las mujeres necesitan y demandan.

Datos similares aparecen en las historias amorosas de los hombres. Aseguraron que ellas hacían mucho más por ellos de lo que ellos *lograban* hacer por ellas, lo que con frecuencia, contrario a lo que pudiera esperarse, les generaba sentimientos de culpa, presión e incluso rabia. Al respecto, emergieron sospechas sobre el aparente desinterés que subyace a los actos amorosos de las mujeres. Tras éstos, aseguraron los hombres entrevistados, residían intentos de constreñimiento, estrategias para alimentar el desequilibrio en la pareja y ponerlo a su favor, y actos calculados que luego se convirtieron en poderosos recursos para exigir y culpabilizar durante las peleas. *“Ella me cobró luego todo lo que había hecho por mi familia (...) Decía, “vos me hacés esto después de todo lo que hice por vos” y yo le decía “pero yo nunca te lo pedí” y entonces se*

enojaba, porque yo era muy desagradecido", afirma Alfonso, de 37 años. Por lo pronto nos limitamos a señalar cómo, entre las personas entrevistadas, la economía de la gratuidad se presenta como un campo de disputas entre viejas formas del intercambio material y simbólico y nuevas demandas de las mujeres: entre la "satisfacción heredada" que parecen experimentar las mujeres en el dar, las fracturas con esta herencia en lo que concierne a las expectativas de retribución y una suerte de confusión y frustración masculina.

Es importante en este punto efectuar una precisión sobre el contexto en el que se presentan estas disparidades. Estas mujeres y hombres entrevistados laboran como docentes en Universidades. Por lo menos dos de las mujeres se declararon "feministas" y es posible suponer que ellos y ellas han estado en contacto o con discursos de género o, por lo menos, con contextos culturales que suelen tener conocimiento de lo que resulta "políticamente correcto" en este tema. Es probable que esta condición, integrada con posibles procesos de reflexividad y desnaturalización de los géneros, haga del grupo social investigado más proclive a poner en tensión ciertas prácticas heredadas. Este hecho hay que acompañarlo de otro igualmente importante. Se trata en este caso de mujeres emancipadas y con autonomía económica lo que, desde la perspectiva de Beck y Beck (1998) y Kauffman (2009), altera el equilibrio de una relación amorosa que no se funda ya en la inequidad económica de sus miembros, como nos relata Ana.

Parte de su machismo es que tiene un trauma con su padre impresionante o sea, desde que empezamos años atrás, siempre aparece el fantasma de su papá y esta es la hora en que él no lo ha matado, o sea, que todavía sigue con el miedo de que su papá (...) y yo ya vivía sola, trabajaba, nadie me mantenía. Yo ya no vivía con mi papá desde hace mucho tiempo, yo no vivía con mi mamá: mi feminismo estaba exacerbado entonces era un choque, de sobre todo del rol de mujer.

Ana. 31 años, casada.

Se observan también rupturas con los marcos sociales tradicionales en lo que respecta a la conquista. En estos casos los recuerdos parecen diferir del modelo tradicional, que situarían al hombre en el rol de conquistador y a la mujer como objeto de conquista. Camilo rememora el comienzo de una relación con una novia reciente: *"me tira los perros⁷ desde que llega y yo no la veo, yo estoy en mi duelo con Patricia (exnovia anterior), me tira los perros eh... yo no la veo"*. Por su parte, Lucía nos narró el modo en que consiguió salir con Paulo, un hombre con el que sostuvo una relación durante dos años: *"yo no sabía si le gustaba y yo me le paro en frente un día y le digo, "ve, ¿yo te gusto?" y él se queda frío, parado, mirándome, y me dice que sí. Entonces yo le digo, "pues salgamos el*

⁷ "Tirar los perros" es una expresión local que significa efectuar gestos de conquista y coquetear.

viernes" y él me dice que sí (...) lo más gracioso, es que luego me contó que yo ni le gustaba pero que no iba a decirme que no así de frente".

Por último, es necesario atender a la descripción que se efectúa de las riñas y rupturas amorosas. Particularmente las mujeres narraron con mayor exactitud –aunque no podríamos afirmar que con entera veracidad– las palabras que se emplearon en las discusiones y las emociones que experimentaron durante éstas. Los hombres fueron más parcós. Mientras ellas acudieron a descripciones, si se quiere, más cinematográficas (en presente continuo, con presencia de diálogos y dramáticos giros narrativos), ellos efectuaron síntesis más vagas: ("eso se terminó porque tenía que acabarse", "se fue acabando", fueron algunas de las expresiones que emplearon Camilo y Alfonso para describir rupturas amorosas de un pasado cercano).

Algunos de los conflictos referidos podrían examinarse desde una perspectiva de género. Con frecuencia Ana, por ejemplo, relató los alegatos que sostuvo con sus parejas para evitar que se le asignaran tareas *típicamente* femeninas. Esto, por ejemplo, se observa en el recuerdo de una pelea con su primer novio, sucedida en el 2002:

Eran épocas duras por ejemplo porque Javier me decía "levántate a ayudar a hacer aseo" (convivían en casa de la madre de Javier) y yo decía "levantémonos los dos", "no", y yo decía "¿por qué? ¿Porque eres hombre?», entonces yo decía «no me paro, no me paro, no me paro...», entonces yo era la que peleaba, yo decía «no me paro, nos paramos los dos», bueno, fue una época durísima". Estos recuerdos alimentan la versión que nos presenta de sí misma, como una mujer "dura, fuerte, que no me importan los hombres.

Ana, 31 años, casada.

Si bien no es el objetivo de esta investigación profundizar en el modo en que éste y otros relatos refieren a conflictos atravesados por condiciones de género, sí se evidencia el modo en que las permanencias y rupturas con la ideología romántica atraviesan la reconstrucción de la historia amorosa, ya sea presentándose como frustración, desencuentro o momento glorioso. La historia que se recuerda nos revela también la historia de una idea determinada sobre el amor y los modos en que esta idea se ha transformado o permanecido en la trayectoria amorosa.

El trabajo como *paisaje*: el caso de los profesores y profesoras hora cátedra

Estamos ante un grupo de personas que efectúa un trabajo intelectualizado e *inmaterial*, que exige frecuente exposición pública del discurso. Estos docentes

se enfrentan cotidianamente al ejercicio de *hacer comprensible* a otros, a otras, conceptos y abstracciones complejas. Es probable que esta particular relación con el lenguaje, y más específicamente con el habla en escenarios públicos, impacte la cualidad de lo que se narra⁸. Concretamente, me inquietó la precisión con la que parecían recordar las conversaciones y la forma en que éstas se incorporaban como hitos de la historia amorosa ("*hablamos durante X tiempo*", "*no paramos de hablar en toda la noche*", "*me gustó de él que podíamos hablar y hablar y hablar sin aburrirnos...*" fueron expresiones usuales durante las entrevistas). En todos los casos, los y las entrevistadas refieren en las entrevistas a diálogos, frases dichas, palabras que no se olvidaron. Durante su entrevista Lucía recordó, por ejemplo, el nacimiento de relación pasada:

Entonces me dice "Ah, ¿tú has leído a Milán Kundera?" yo le digo: "No, yo no he leído a Milán Kundera, yo casi siempre lo que leo es de filosofía, no leo mucha literatura", y como que no le agradó, "ah bueno". No hablamos más, pero le dije "¿tú conoces a Fernando Zalamea?", me dice "ah! Yo soy amiga de Fernando Zalamea", un filósofo reconocidísimo, "Ah qué chévere, lo conozco mucho y lo admiro y lo respeto mucho". Entonces en enero se me acerca y me dice "oiga, adivine con quién estuve en vacaciones de diciembre: con Fernando Zalamea, ¿Cuándo vamos a Bogotá y lo conocemos?"...

Camilo, Casado, 31 años.

Esta exposición pública de las hablas seguramente refina el lenguaje del grupo entrevistado y favorece el desarrollo de una habilidad narrativa que se puso en juego durante las entrevistas. Por lo general, las personas entrevistadas se mostraron dispuestas a hablar y constantemente ofrecieron explicaciones y aclaraciones, no solicitadas expresamente, sobre los asuntos que abordaban. Ello podría estar relacionado con otro hecho. Algunas de los y las entrevistadas han actuado a su vez como entrevistadores. Conocen pues tanto los objetivos como los procedimientos que suelen seguirse en procesos de esta naturaleza. Me pregunto qué tanto este saber profesionalizado actúa como dispositivo mediador y editor de lo que se calla y lo que se dice. En este sentido, observamos cómo los entrevistados y entrevistadas interpretaron sobre la marcha sus respuestas, a la luz de nuestros objetivos de investigación, e incluso lanzaron sutiles (y no tan sutiles) sugerencias para el análisis.

Yo creo que de las historias viejas de amor uno recuerda las cosas bonitas, se va olvidando de las feas...la memoria es muy jodida, es selectiva, y eso hay que tenerlo en cuenta cuando le preguntan a uno por los recuerdos (...) O sea, vos no podés decir luego en tu investigación que las historias de amor son tan tranqui-

8 En este sentido se presentó durante la entrevista un detalle revelador. Ana se quejó de que un exnovio suyo no era capaz de exponerle claramente que deseaba terminar la relación. A ella pareció desesperarle esa actitud: "*odio eso de la gente, que no es capaz de dar el mensaje con exactitud*", que es propia, asegura, de las personas que no "*son de las ciencias*". Se refería a las ciencias exactas. Es importante recordar que Ana proviene del campo de la estadística.

las y tan ordenadas como uno te las cuenta. Uno se olvida de las tonterías que hizo y de lo que dolieron las cosas... Los recuerdos son engañosos.

Cecilia, 36 años, soltera.

En este mismo sentido, nótese que se trata de trabajadores y trabajadoras que se caracterizan por una intensa racionalización de sus objetos de trabajo. Racionalización que proviene de las exigencias del campo académico y del roce y fricción constante entre pares y que seguramente se extiende hacia otros objetos de la vida cotidiana: la política, las relaciones con otros, las opciones religiosas y la intimidad. Constantemente, nuestro grupo entrevistado, efectuó una lectura *distanciada* e incluso *psicologizante* de sus parejas y relaciones. Obsérvese este hecho en el caso de la descripción que Estela efectúa de uno de sus exnovios:

Él todo el tiempo necesitaba atención, quería ser el centro de todo... no era una cosa que él me la dijera, ni que él supiera muy bien que hacía, era como un comportamiento infantil, ¿me entendés?, en el que me asumía como su madre y yo terminaba convirtiéndome en eso... En una mamá (...) Creo que Leonardo necesitaba ser aplaudido, admirado, sus papás siempre le dijeron que era lo máximo y eran muy exigentes y entonces de premio le subían el ego... esa necesidad de que le dieran como una palmadita en la espalda, siempre, siempre, me mamaba.

Estela, 30 años, soltera.

La narración deviene pues *interpretada*. Como imagen y *sensación* pero también como reflexión: como recuerdo de la emoción experimentada, pero también como racionalización de la emoción. Los intentos racionalizadores aparecen como justificación de ciertas acciones: así, la infidelidad, las discusiones, los momentos en que se "*pierde*" la razón, se muestran como hechos que pueden ser explicados y como acciones deliberadas que sólo en su apariencia se muestran como irreflexivas. En este sentido se hace notable la percepción de la emoción amorosa como un sentimiento "controlable": "*me **obligué** a que me gustara alguien más, porque me daba mucho miedo estar tan apegada, tan enamorada*", asegura Ana (el subrayado es nuestro); Cecilia, por su parte, afirma. "*Yo dije tengo que superar esto (...) entonces escribí en una hoja todas las tareas y las cosas que yo tenía que hacer, puse todo, desde las cosas que estaban más en mi cabeza hasta las que ya tenían que ver con cambiarme de casa, con lo más práctico*". Hochschild (2008), encontró una situación similar en las mujeres que entrevistó. Muchas de ellas aseguraban haberse "desenamorado" consciente y calculadamente y otras describieron los modos en que habían intentado evitar, en ocasiones con sonoros fracasos, enamorarse del hombre equivocado. En todos los casos parece tratarse de una superación de la forma subjetiva en que debía experimentarse el amor en su versión romántica: como una emoción que enceguece, altera y enloquece. Para algunas de las personas que entrevistamos

el amor parecía, en cambio, en particular tras una densa historia amorosa, un sentimiento que podía dominarse si se posee la estructura psíquica y la práctica necesaria para hacerlo.

Esta situación se presenta incluso en lo que respecta a la atracción por el sexo opuesto. Constantemente aparecen descripciones pormenorizadas de las razones por las que a nuestros y nuestras entrevistadas les atraen determinado tipo de personas. Se elaboran entonces relatos que van desde las figuras de poder y deseo en la infancia, las carencias actuales que hacen que el otro u otra resulte irresistible y los estados de alto autoconocimiento (que se conquistan tras años de terapia y reflexión, como nos afirma Cecilia) que permiten romper el círculo vicioso que nos ata al mismo patrón de enamoramiento. Notemos cómo Camilo explica las razones por las que se sintió atraído por su actual esposa:

Mi mamá es una mujer fuerte, mi mamá es guerrera, parada, a mí me gustan ese tipo de mujeres, pero ¿quién sabe?, me sentía menor para ellas. Entonces, conocí a Ana en la universidad del Valle en el 96, con su cara de mala, toda, toda guerrera, caracterizada, "Uy que niña tan linda", pero inmediatamente me dije que no, que ahí no hay nada qué hacer.

Camilo, 31 años, casado.

El recuerdo es examinado en un presente, en el que es posible renovarlo de manera reflexiva. Es probable que a este hecho de recordar en el *ahora*, se deba la tendencia a conjugar, durante las descripciones, los verbos en presente. Los entrevistados frecuentemente describen sus recuerdos, como lo decíamos previamente, en un formato *cinematográfico*: como una cámara que efectúa un paneo sobre la escena recordada. Así mismo, con frecuencia el grupo de personas entrevistadas efectuó retrospectivas y prospectivas de sus relaciones. Análisis que les permiten no sólo dar orden y sentido a la experiencia, sino también reavivar el recuerdo. Observemos lo que dice Cecilia con respecto a su primera relación amorosa: "*cuando la he mirado en retrospectiva he pensado que ésa era una relación de niños, de niños haciéndose adultos. Nos acompañamos en eso de hacernos adultos y cuando ya lo fuimos pues ya no teníamos porqué estar juntos*". En todos los casos encontramos presentaciones de esta naturaleza en las que nuestros y nuestras entrevistadas observan con distancia el recuerdo narrado: lo objetivan para recordarlo o para ubicarlo en un futuro probable. Adquieren de esta forma sentido las rupturas, se comprenden los errores cometidos y se atisba un destino fatal para los amores mal fundados.

Por último, no hay que obviar el hecho de que se trata de profesores y profesoras, entrevistados a su vez por otra profesora. Es posible que este hecho implique, como mencionamos, que este grupo *comprende* los sentidos y obje-

tivos académicos del trabajo de entrevista que se efectúa y que, por lo tanto, elaboren un relato regulado por lo que ellos mismos descifran como prioritario e importante. Es decir, es probable que se produzca un esfuerzo por exhibir un relato coherente con la imagen de la profesión, susceptible de ser examinado y evaluado por la entrevistadora como par académico. En este sentido, resulta notable cómo el ejercicio de recordar se encontró atravesado no sólo por un ejercicio racionalizador, sino también por explicaciones de orden académico y la citación constante a autores y conceptos. Nos preguntamos si esta situación se hubiese dado si la entrevistadora fuera, por ejemplo, una estudiante haciendo su tarea de curso:

Estela: ¿Te leíste “Amor Líquido” de Bauman?⁹

Entrevistadora: Sí, sí...

Estela: A mí me gustó ese libro... uno ve que el amor se mueve... que ya no da como la misma seguridad de las señoras de antes, que se casaban y ahí la vida iba a ser para siempre... una sabe que todo se va a mover, que las relaciones se acaban y Bauman muestra cómo esto que pasa no es porque sea el amor sino porque así está siendo la sociedad, líquida, como él dice.

Nos preguntamos entonces cómo las tentativas de racionalización que se producen, no sólo en la vida privada sino en el ejercicio profesional de estos profesores y profesoras, atraviesan la presentación del yo que se despliega en el ejercicio de narrar la trayectoria amorosa. Parece haber una preocupación por presentarse a sí mismo como alguien “poco convencional” y a la propia biografía como una historia singular, que sirve de escenario para que el o la biógrafa establezcan sus batallas, sin duda heroicas, contra el deber ser del sentido común y las formas de naturalización a la que se ven abocados los que “no saben”, los que “no leen”, los que “no piensan”. Se establece así una distancia entre este “nosotros”, “nosotras”, las y los intelectuales, y el resto, los “comunes”, las “no iniciadas”.

La gente cree que el amor no hay que pensarlo, que uno lo va viviendo así no más... Como si fuera una cosa que no se aprende, que no... Yo veo a mis amigas en unos rollos que uno dice, dios, cómo se meten en estas cosas, cómo no piensan su lugar como mujeres, cómo no piensan en su felicidad, en su dignidad.

Cecilia, 36 años, soltera.

En otro sentido, el trabajo y la trayectoria laboral aparece por un lado como *escenario* en el que se despliega la memoria amorosa y como dispositivo que ayuda ubicar el recuerdo cronológicamente. Camilo, por ejemplo, suele localizar los recuerdos de su trayectoria amorosa según los momentos o actividades que

⁹ Se refiere a la obra de Zygmunt Bauman (2005), denominada *Amor Líquido. Acerca de la Fragilidad de los Vínculos Humanos*. Publicada por el Fondo de Cultura Económica.

realiza en el trabajo: *“Llega enero, yo ya estoy más tranquilo y estoy de profesor de primer semestre, de segundo semestre, perdón, y yo estoy ahí, revisando el correo en una salita de profes cátedra y se me acerca y me dice “oiga”, ya habíamos hablado un par de veces...”*. Por otro lado, Alfonso nos dice explícitamente que su vida amorosa ha estado emparentada con el trabajo que realiza: *“Yo sí relaciono mucho las crisis que tuvimos con el trabajo. No solamente con ella (exesposa) sino en general. Cuando me he quedado sin trabajo es como si todo se desordenara y ahí fijo termino una relación o algo pasa... es como un momento de la vida en que hay un giro general”*.

Curiosamente, a pesar de que la presente investigación refiere a un hecho que concierne al ámbito de lo privado, la casa no aparece como escenario de localización del recuerdo. Al respecto, habría que comprender el modo en que casa, trabajo y amor se han relacionado en la historia, aún reciente, del capitalismo. En la casa preindustrial, como una unidad de producción por excelencia, no sólo sucedía el trabajo reproductivo de la vida social, sino también el trabajo productivo que derivaba en actividades de intercambio (agricultura y talleres artesanales, por ejemplo). Así, esta casa era un lugar en el que convergían formas diversas de trabajo que iban desde el cuidado de los niños hasta las labores del campo, desde la atención a los enfermos y moribundos hasta el ejercicio de parir, desde la preparación de los alimentos hasta la confección de la ropa. La casa era entonces un lugar en el que había “mucho trabajo” por lo que se requería de mano de obra abundante –proporcionada en parte por el, también abundante, número de hijos- y en la que podían reconocerse prácticas que indistintamente oscilaban entre lo que hoy reconocemos como mundo privado y mundo público.

La aparición del empleo industrial – que se desarrolla por fuera de casa, en la industria o fábrica- implicó entonces una fractura tajante entre casa y trabajo/ industria, roles de género y tiempo libre y tiempo de trabajo. Los trabajadores, primeros habitantes de la gran metrópoli, fueron a su vez, por primera vez, anónimos y públicos y encontraron en la casa el escenario para el refugio y el despliegue de la intimidad. La casa se convirtió entonces en el escenario femenino. La vida doméstica en el espacio de lo capilar. La casa se hizo refugio, pero también el lugar en que las consecuencias del éxito público, del desarrollo económico y del trabajo masculino se reflejaban y materializaban en tanto trayectoria vital.

Hacia mediados del siglo XX, la casa asiste a la emergencia de un segundo fenómeno. Ya desmantelada, por lo menos en las grandes urbes, de su lugar como unidad de producción, la casa se ve vaciada paulatinamente de quehaceres. Así, tenemos una casa, por lo menos en las capas medias, mejor dotada, en la que han disminuido ostensiblemente el número de hijos por familia y que se instala

en un mundo en el que muchas actividades productivas (como el empleo del que se deriva el sustento familiar), pero también muchas actividades antes domésticas (funerales, cuidado y educación de los niños, confección de la ropa, corte del cabello, fiestas e incluso preparación de los alimentos) suceden por fuera de ella. Así, de unidad de producción, tenemos una casa que se convierte, por lo menos para sectores no precarios, en unidad de consumo y entretenimiento.

El ingreso de las mujeres al mundo del trabajo, agudizó este fenómeno, con un incremento significativo de los procesos de terciarización y profesionalización de muchas de las funciones que fueron en su momento restrictivas de los ámbitos domésticos. Tenemos pues, en consecuencia, una casa más *estrecha*, terciarizada y dotada tecnológicamente para la automatización del trabajo doméstico. De la misma forma, asistimos a una vida íntima que no se despliega exclusivamente en casa (al respecto revítese la proliferación de espacios públicos en la WEB que favorecen la exposición de la intimidad). Es probable que ello se relacione con la ausencia de la casa como lugar significativo en la historia amorosa de nuestros y nuestras entrevistadas (pero tampoco aparece la casa como un objetivo material deseable, tal y como lo fue para generaciones pasadas: "*comprar casa me parecía una bobada... para ella (exesposa) era importante pero yo le decía "tanto que nos movemos, yo no sé ni dónde vamos a estar en tres años y vos pensando en comprar casa"*, relata Alfonso).

Ello puede deberse, en buena medida, a que se trata de profesores y profesoras relativamente jóvenes, cuatro de ellos sin hijos, que han experimentado continuos movimientos de vivienda (en parte animados por los altibajos de su condición económica y laboral y de las rupturas amorosas) y que no se han establecido en vivienda propia. Llama la atención, sin embargo, cómo a pesar de que muchos aseguraron no cocinar ni comer en casa y otras manifestaron no efectuar trabajos domésticos, todos y todas describieron la casa como un lugar en el que se completa la actividad laboral. Es necesario en este punto efectuar una aclaración. Los estudios sobre trabajo flexible, en particular el trabajo de Carnoy (2000) y Beck (2000), determinan cómo el escenario de lo público, se "descorporeiza", en la medida en que pierde su materialidad. No es la gran empresa que aglutina, ni es el espacio físico en el que sucede "el trabajo", como podría sostenerse durante la prevalencia de la industria fordista. Así mismo, el espacio privado se transforma. La casa no es ya el escenario donde se resuelve "lo privado". La casa es, en lo que respecta a un tipo particular de trabajador, también laboratorio de ideas e inversiones destinadas a la producción para el trabajo. Se trabaja en casa, como lo hicieron los artesanos del siglo XVII, lo que puede relacionarse con sus condiciones laborales (recuérdese, ellos y ellas laboran como docentes hora cátedra, sin espacio de trabajo provisto por las Universidades), y también se efectúa en casa un tipo particular de entretenimiento,

como ver televisión y navegar sin rumbo por la WEB, que muchos calificaron como “alienante” y, sin embargo, decididamente gozoso.

A modo de conclusión

Cuando hablamos de un recuerdo que se hace reflexivo, de una historia amorosa más nutrida y de pequeñas rupturas en las formas tradicionales de vivir y sentir el amor, estamos hablando también de las maneras en que se transforma y da continuidad a las cualidades heredadas de la emoción amorosa.

El tema del amor aparece en la agenda de las ciencias sociales hacia los años 80, por la misma época en la que se revitaliza la preocupación sociológica por las emociones, bajo el trabajo de Thomas J. Scheff, Arlie R. Hochschild y Theodore D. Kempr. Pero no ha sido el amor, como decíamos al principio, un tema central para las ciencias sociales, ni siquiera para los movimientos académicos feministas o los estudios de género, a pesar de lo mucho que éstos han contribuido en la reorientación de la mirada sobre lo privado y lo íntimo como asuntos *políticos*. Pero estudiar el amor no implica sólo atender un ámbito de la vida sin la que nuestros esfuerzos por comprender a la sociedad serían parciales o demostrar el modo en que la experiencia subjetiva es subsidiaria de fenómenos macro. Implica también un esfuerzo por ampliar la mirada de las ciencias sociales hacia aquellos escenarios invisibles e invisibilizados de la vida social en los que tradicionalmente hemos tenido cobijo las mujeres.

Los resultados de este trabajo son limitados, pero consiguen explicitar una porción del conflicto social y las contradicciones que habitan las camas y las vidas, los recuerdos y narraciones de los amantes contemporáneos. Negociación y narración, cambio y permanencia, ruptura y continuidad: dos dimensiones complementarias e interconectadas, que la ciencia social debe atender cuando se ocupa de los sentidos y las experiencias de individuos avocados al, por lo pronto, irrenunciable trabajo de amarse.

Bibliografía

- Arie, Phillippe (1987), “El matrimonio indisoluble” en *Sexualidades Occidentales*, Editorial Paidós, México
- (1987) *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Taurus, Madrid.
- Barthes, roland (1982), *Fragmentos de un discurso amoroso*, Siglo XXI, México
- Beck, Ulrich y Beck Elizabeth (1998), *El normal caos del amor*, El Roure editorial, Barcelona.
- Béjar, Helena (1998). *El Ámbito Íntimo (Privacidad, individualismo y Modernidad)*. Alianza Editorial, Madrid.

- Béjin, André (1987). "Crepúsculo de los psicoanalistas. Aurora de los sexólogos" en *Sexualidades Occidentales*, Editorial Paidós, México
- Bericat, Eduardo (2000), *La sociología de la emoción y la emoción en sociología*, Universidad de Málaga, Departamento de sociología.
- Boltanski, Luc y Chiapello, **Ève**, (2002) "El Nuevo Espíritu del Capitalismo". Madrid, Ediciones Akal S.A.
- Bourdieu, Pierre (1998). *La dominación masculina*. Editorial Anagrama, Barcelona.
- Cabella Wanda (2009), "Dos décadas de transformación de la nupcialidad uruguayana. La convergencia hacia la segunda transición demográfica" en *Estudios Demográficos y Urbanos* El Colegio de México, México.
- Carnoy, Martin (2000), el trabajo flexible en la era de la información. madrid, alianza ensayo.
- Castel, Robert (2004). "Las Metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado". Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Certeau Muchel, Giard Luce, Mayol Pierre (1999). *La Invención de lo cotidiano 2. Habitar, Cocinar*. Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico y de estudios superiores de occidente, México
- Cortina Clara, García Thaís y Esteve Albert (2009), "Migración, ocupación y matrimonio: una aproximación a las relaciones de género de las parejas mixtas en España" en *Estudios Demográficos y Urbanos* El Colegio de México, México.
- Crozier, Michel (1974): Relaciones de poder y situaciones de incertidumbre, capítulo VI, en *El fenómeno burocrático 2, Ensayo sobre las tendencias burocráticas de los sistemas de organización modernos y sus relaciones con el sistema social y cultural*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, pp.9-53
- De la Peza, Carmen (1994). El sacrificio del amor es el olvido en *Tramas*. No. 9, Universidad Autónoma Metropolitana – Xochimilco, México.
- Dos Santos Marcondes Glaucia (2009), "Segundas nupcias: redefinición de los vínculos amorosos" en *Estudios Demográficos y Urbanos*.El Colegio de México, México.
- Elias, Norbert (1988). "El proceso de Civilización". Fondo de Cultura Económica, México.
- Finkelkraut, Alain (2001). La ingratitud: conversaciones sobre nuestro tiempo, Editorial Anagrama. ISBN 978-84-339-6151-8.*
- Florez, Carmen (2000). *Las Transformaciones Sociodemográficas en Colombia Durante el Siglo XX*. Banco de la República/Tercer Mundo, Bogotá.
- Fraisse Geneviève (2003). *Los dos gobiernos: la familia y la ciudad*. Serie Femenismos. Ediciones Cátedra, Madrid.
- Glantz, margo (1982). *El día de tu boda*. Martín Casillas/Cultura – SEP, México
- Giddens, Anthony (1998). *La transformación de la intimidad, sexualidad, amor*

- y erotismo en las sociedades modernas/ 2. ed.* Ediciones Cátedra, España.
- Gómez, Rocío y González Julián (2003). Design: designar/diseñar el cuerpo joven y urbano; Un estudio sobre la cultura somática de jóvenes integrados en Cali, Colciencias –Universidad del Valle, Cali.
- Gorz, André (1998). "Miserias del Presente, Riqueza de lo posible". Madrid, Editorial Paidós.
- Guevara, E. (2005): Intimidación y modernidad. "Precisiones conceptuales y su pertinencia para el caso de México", en: *Estudios Sociológicos XXIII*, No. 69 pp.857-877.
- Halbwachs, Maurice (1925). Capítulo I-III en *Los Marcos sociales de la memoria*. Anthropos, Barcelona.
- Hochschild, Arlie Russell (1990a). «Themes and Variations in the Sociology of Emotions». En KEMPER, TH. D. (ed.). *Research Agendas in the Sociology of Emotions*. Nueva York: State University of New York Press.
- (2008). *Mercantilización de la Vida Íntima: Apuntes sobre la casa y trabajo*. Katz conocimiento, Buenos Aires.
- Kauffman. Jean Claude (1997) "La ropa sucia" en *Hijos de la Libertad*. Fondo de Cultura Económica, México.
- (2003) *La Mañana Siguiente*. Barcelona, Gedisa editorial.
- (2009) *Irritaciones*. Barcelona, Gedisa Editorial
- Martuccelli, Danilo (2007). "Las pruebas del individuo en la globalización", capítulo V, en *Cambio de rumbo: La Sociedad a Escala del Individuo*. Santiago de Chile, LOM ediciones. Pp 111-134.
- Marx, Karl (1867). Maquinaria y Gran Industria, en *El Capital*. México, Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Mead, Margaret (1991) *Cultura y compromiso*. Estudio sobre la ruptura generacional. Barcelona, Editorial Gedisa.
- Melucci, Alberto (2001). La Experiencia Individual y los Problemas Globales en una Sociedad Planetaria y Construcción de Sí, Narración y Reconocimiento. En *Vivencia y convivencia: Teoría social para una era de la información*. Editorial Trotta. Madrid. Pp 63-86 y 87-98.
- Pacini Hernández, Deborah (2003). "Cantando la Cama Vacía: love, sexuality and gender relationship in Dominican bachata", en *popular music*, Vol 9/3, EUA
- Paz, Octavio (1993). *La Llama Doble*. Serie Biblioteca Breve. Seix Barral Editores, Barcelona.
- Reyes, Catalina y González, Lina Marcela (1996). La vida doméstica en las ciudades republicanas. En *Historia de la vida cotidiana*. (Beatriz Castro Carvajal, Editora). Bogotá: Norma. (p.206-240).

- Sevilla, Elias (1996). *Prosa Antropológica y otros estudios sobre sexualidad, erotismo y amor*. Documentos de Trabajo No. 23, CIDSE- Universidad del Valle, Cali.
- Simonet, Domique (2003). "La Más Bella Historia de Amor". Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires.
- Thomas, Florence (1994). *Los Estragos del Amor*. Editorial Universal, Bogotá.
- Tonnies, Ferdinand (1887). Libro Primero "Presentación general de los conceptos fundamentales" en *Comunidad y Asociación*, Barcelona, Ed. Península, 1979, pp. 25-111.
- Weber, Max (1922). "Economía y Sociedad en General", "Tipos de comunidad y sociedad" en *Economía y Sociedad*, México, F.C.E., 1944, pp. 273-288, 289-314.
- Vásquez y Arenas (2008), *Mediaciones Sociales que Comprometen el Amor en Jóvenes* (Extraído de Revista Digital Universitaria, UNAM, México. Volumen 9 Número 11) publicada en <http://www.revista.unam.mx/vol.9/num11/art88/art88.pdf>.
- Zizejk, Slavoj (2000) "Tú puedes". (Extraído de LRB, Vol. 21 No.6. 17 de mayo de 2010). Publicado en www.cholonautas.edu.pe/pdf/EL%20SUPEREGO%20POSMODERNO.pdf